

hijos de Israel. Hija era María de los célebres caudillos que mil veces habían desenvainado su espada contra los enemigos del Señor. Hija era de David, como de otros soberanos que reinaron sobre el pueblo de Dios con autoridad legítima, puesto que la habían recibido de Aquél que da los imperios á su voluntad y distribuye las coronas como le place. Mas esta gloria humana no envaneció á María, manteniéndose humilde y desconocida, ocupada en la vida interior, oscura y pobre, en Nazareth.

Tan profunda y sólida humildad no podía quedar sin recompensa. Esta virtud, reina de todas las virtudes, hizo que el Verbo Eterno descendiese al seno de María, de modo que su divina maternidad fué galardón y triunfo de la modestia que la hizo llevar una vida solitaria, penitente, y consagrada á la oración y á las obras de misericordia. En una palabra, H. M.; por haber sido María humilde entre todas las mujeres, fué bendita entre todas ellas, exaltada como los cedros del Líbano, y decorada como los rosales de Jericó.

El Señor, en efecto, la prodigó los más asombrosos favores, sin que ellos fuesen parte para alterar la asombrosa modestia de la humilde Virgen. ¿Hay nada más honorífico y glorioso que la embajada traída por uno de los tres Angeles de primer orden, que están continuamente junto al trono del Excelso, sirviéndole como de ministros extraordinarios? No fue María la primera, es verdad, á quien los Angeles aparecieron, puesto que algunos Patriarcas y Profetas recibieron también sus anuncios; pero en ninguna parte se lee que los Angeles á ellos aparecidos manifestaran el profundo respeto que el Arcángel Gabriel mostró en presencia de María: «Dios te salve, llena de gracia, la dijo: el Señor es contigo;» no por su omnipotencia y por su inmensidad, como está en las restantes criaturas, sino en realidad, y en la adorable persona de su Hijo que va á formarse en vuestras castísimas entrañas; *Ave, Maria, gratia plena*. Aunque llamada María á la dignidad más sublime, no descubrió en sí otra cosa que bajeza y nulidad: *Respexit humilitatem ancilla sua*. Refiere á Dios toda la gloria del bien que posee: *Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus*. Hubo más. Los encomios que el celestial Mensajero la dirige, causan turbación en su alma. Obligada á responder al Angel, sométese á los decretos del Todopoderoso como sierva humilde, no contestando á Gabriel otras palabras que las que mejor expresaban su humildad profunda, y más de manifiesto la ponen á los ojos de los pueblos y delante de los siglos: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. ¡Oh prodigio de humildad! exclama San Bernardo. ¡Cuanto más elevada es esta fidelísima Virgen, tanto más se abate! María encuentra en su inmaculada Concepción el germen de todas las virtudes: está llena de gracia, llega á ser Madre de Dios en cuanto consiente en recibir el glorioso título de Madre del Verbo Encarnado; y á pesar de todo esto, se reconoce indigna de la elección que el Señor ha hecho de ella, confesando que el Omnipotente la ha escogido para hacer mayor ostentación de su poder, sirviéndose de un instrumento

tan inútil, para llevar á cabo sus eternos designios de misericordia en favor del género humano: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*.

¿Son éstos los sentimientos de humildad que á vosotros os animan, A. H. M.? ¿Teméis también las alabanzas, ó, por el contrario, habláis siempre ventajosamente de vosotros mismos? ¿Os turbáis, como María Santísima, cuando alguien lisonjea vuestra vanidad, ó en vez de ésto, acusáis á todos de ser injustos apreciadores de vuestro mérito, quejándoos de que los hombres os rehusen el tributo de incienso que vuestro amor propio se imagine seros debido?

Por último, H. M., debéis vivir siempre á ejemplo de la Santísima Virgen en la presencia de Dios, establecer su reino en vuestra alma, conformándoos con su divina voluntad, santificar su nombre con buenas obras, y sobre todo, imitar la vida interior y oculta de María. Ya lo habéis oído; la Madre de Dios estuvo consagrada enteramente á la oración, á la lectura de los libros santos, y á la meditación del Evangelio de su Divino Hijo. Tales han de ser también vuestras ocupaciones religiosas, en las cuales hay más ventajas de lo que comunmente se cree. Importa mucho á vuestros más caros intereses el renunciar á las pompas del mundo y á sus frivolidades; el huir de sus peligrosos placeres, y de sus locas alegrías; el evitar el trato con hombres perversos ó mal inclinados; el dar de mano, en fin, á los espectáculos, y á las declamaciones sofisticas de este infortunado siglo, que parece nos lleva arrebatadamente á la época de la gentilidad, para sumirnos de nuevo en la idolatría, si no de falsos dioses, de las pasiones inmorales, hijas del más abyecto y repugnante sensualismo. ¡Oh cristianos que me oís! Os conjuro por Dios vivo á que veléis cuidadosamente, como María nuestra Madre, al entablar conversación con vuestro prójimo, evitando que sea peligrosa para vuestra virtud ó vuestra fe. Procurad que vuestras pláticas sean cuerdas y acompañadas de religiosa modestia, graves, sólidas, útiles y sin ofensa de nadie. No olvidéis que vuestra caridad debe ser como la de la Santísima Virgen, universal, bienhechora, llena de dulzura, de mansedumbre, de longanimidad y de benevolencia; y que sólo en cambio de esta ardiente caridad os otorgará María sus favores, volverá á vosotros sus misericordiosos ojos, os bendecirá como buena Madre, y os protegerá como á sus queridos hijos. Perseverad en la práctica de las virtudes cristianas y de los consejos evangélicos, no sólo por algunos días, ó mientras dure la reciente impresión de los sermones que habéis oído durante este mes de Mayo, sino hasta el fin de vuestra vida. Esparcid por doquiera el buen olor de Jesucristo que os ha regenerado á la gracia, conservando vivo el temor y amor á vuestro Padre que está en los Cielos, y guardándoos de contristar al Espíritu Santo, de quien sois templo vivo, con pensamientos, palabras ú obras contrarios á la moral pura del cristianismo. Tened resolución, H. M., y el valor suficiente para llevar á cabo los buenos propósitos que habéis concebido durante el Mes de María. Rechazad la infernal idea de que, en cuanto terminen estos piadosos

ejercicios, volveréis á quedar libres de la escrupulosa imitación de las virtudes de vuestra Madre, considerando como sugestión de Satanás la repugnancia con que podáis sobrellevar la vida constantemente devota, mirándola como un yugo sobrado grave y molesto. No escuchéis los consejos del demonio de la pereza y de la libertad, cerrando los oídos á sus criminales propuestas. Acordaos siempre de la juiciosa y exacta observación de San Bernardo, á saber: que el mantenerse estacionado en el camino del bien y de la verdad, es retroceder: *Non progredi, regredi est.* En suma, H. M., sed fieles imitadores de Jesús y de María, desechando la ilusión que á tantos puede, de que no es necesario unir á la ortodoxia de la fe la práctica de las buenas obras; porque escrito está en el código de nuestra religión, en el libro de los Santos Evangelios, que sólo aquel que perseverare hasta el fin en la justicia é inocencia de costumbres, será salvo: *Qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit.*

Para asegurar la perseverancia en la virtud, los maestros de la perfección cristiana han señalado varios medios, de los cuales trataremos ahora brevemente.

PUNTO SEGUNDO.

MEDIOS PARA PERSEVERAR EN ESTAS VIRTUDES, Y EN EL CULTO DE MARÍA.

El primer medio, y de los más principales por cierto, es la fuga de las ocasiones próximas de pecar. El que ama el peligro, nos previene el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura, perecerá en él; y el que se acompaña con malvados, no tardará en hacerse como ellos: *Cum perverso perverteris.* Evitad, pues, H. M., toda ocasión de pecado, y la compañía de los perversos, mirándolas como una fuente emponzoñada de crímenes y torpezas.

El segundo medio, inseparable de la perseverancia en la devoción al culto de María Santísima, es la oración, broquel de la virtud y arma poderosa del cristiano. Dios se complace en fortalecer el valor de todos aquellos que le invocan con humildad, amor y confianza. ¿Necesitáis un ejemplo que os convenza? Citaré el de Moisés el día de una batalla. Mientras este caudillo del pueblo de Israel tenía levantadas sus manos al Cielo, implorando el auxilio del Señor, Dios de los ejércitos, su gente llevaba la mejor parte; mas en cuanto suspendía su plegaria, los amalecitas empezaban á vencer á los hebreos. Con esto, H. M., entenderéis la eficacia de la invocación de Dios; con esto comprenderéis el poder de la oración. Este suceso histórico os hace descubrir la importante verdad de que la oración es el arma inquebrantable del hombre religioso. Armaos, pues, con ella, H. M., como

buenos soldados de Jesucristo, elegidos por Dios para la gloria celestial. Velad y orad, sin dejaros vencer del sueño ó de la pereza: *Vigilate et orate*, á fin de que no seáis sorprendidos de improviso por la muerte. Rogad á Dios día y noche, A. H. M., que no permita sucumbáis á la tentación, y Dios se apresurará á llenar vuestra alma de superabundantes gracias que os faciliten el cumplimiento de sus preceptos, que hagan ligero y blando su yugo, que os ayuden á triunfar de las asechanzas de Lucifer y de sus infames agentes, que os permitan caminar de virtud en virtud, hasta haber llegado al término de la carrera donde se corona al vencedor; más claro: hasta que lleguéis al Cielo, puerta de la salud, donde os recrearéis con el fruto del árbol de la vida: *Vincenti dabo edere de ligno vite.* (Apocalyp.)

El tercer medio que necesitamos emplear para mantener nuestras laudables resoluciones, es la frecuencia de Sacramentos. Estos, H. M., son los canales de que Dios se sirve para distribuir sus gracias á las almas; son las aguas vivas y puras que las refrescan, para resistir la acción abrasadora de las pasiones; son la saludable piscina donde los corazones enfermos pueden á toda hora recobrar la salud. Haced cuanto antes la experiencia, siguiendo el ejemplo de todos los Santos, vuestros dignos y venerables padres en la fe y en la ciencia de la salvación. De los Sacramentos sacaron ellos la fuerza necesaria para luchar, ora contra las seducciones del mundo, ora contra el furor y crueldad de los tiranos. Imitad á las nobilísimas vírgenes que acompañan al Cordero immaculado, en premio de la pureza que mantuvieron por virtud de los Sacramentos. Acercaos al tribunal de la Penitencia, para obtener de Dios el perdón de vuestras faltas y pecados contra su santa ley. Acudid con frecuencia á la Mesa eucarística, donde recibiréis, junto con el alimento del alma, un antídoto contra el vicio, y la prenda de una dichosa inmortalidad.

El cuarto medio de perfección y de salud que debéis emplear, H. M., es la fidelidad en la devoción é imitación de María, cuyas obras fueron enteramente conformes al espíritu de su Divino Hijo y Señor nuestro. Vivid, como la Santísima Virgen, en íntima unión con Dios; seguid lo perfecto de sus caminos; estudiad los misterios de su vida interior y exterior, resplandeciente de santidad, á fin de que lleguéis á haceros superiores á las satánicas potestades del infierno. En verdad os digo, y confiadamente os lo aseguro con el docto y piadoso San Bernardo, que el hombre que haya sido fiel á María, amándola tiernamente, se salvará.

Imitad á la Santísima Virgen en su profunda humildad, su confianza en Dios, y aquella tierna caridad suya que la hizo digna de veneración en el Cielo y en la tierra. Mirad con cariño á la Madre de Jesucristo, porque su voz hace cambiar de rumbo á las tempestades, calma las pasiones y aterra á los demonios.

Salve, oh María, Hija querida de Dios Padre Todopoderoso. Salve, oh María, Virgen sin mancha; rogad por nosotros. Salve, oh Madre de misericordia, consuelo, vida, dulzura y esperanza nuestra: *Vita,*

dulcedo, et spes nostra, salve! Salve, oh María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres. Salve, oh Virgen augusta, Madre de Dios, amada en la tierra y en el Cielo. Salve, oh María, acatada por los pastores de Belén, y venerada por los Reyes Magos venidos de Oriente. Salve, oh Vástago ilustre del árbol de Abraham, y gloria de la casa de David: *Turris davidica*. Salve, oh Rosa mística de Israel. Salve, oh Virgen purísima y piadosísima, Esposa fiel y discreta. Salve, oh Virgen prudente y venerable, que hicisteis las castísimas delicias del Santo José. Salve, oh Templo de la Divina Sabiduría, Madre de Jesús, Autor de toda gracia; rogado por nosotros. Salve, oh amable Virgen, Sagrario del Espíritu Santo y Perla de las almas. Salve, oh María, elegida de Dios para traer en vuestro casto seno al Mesías, prometido á Adán en el principio de las generaciones; al Mesías, adorable Redentor del mundo. Salve, oh Virgen digna de admiración, modelo de santidad y de pureza. Salve, oh Arca de la nueva Alianza, rutilante Estrella que anuncia el día: *Federis arca, Stella matutina, salve!* Salve, oh Virgen, cuyo corazón se abraza en caridad por la mayor gloria de Dios y salvación de los hombres. Salve, oh Espejo de justicia, Refugio de pecadores, Salud de los enfermos, Consoladora de los afligidos, Socorro de los cristianos. Salve, oh Reina de los Mártires y de los Confesores de la fe; Reina de los primeros Patriarcas, de los Profetas del Antiguo Testamento, y de los Apóstoles de la nueva Ley; Reina de las Vírgenes y de los Angeles; Reina de todos los Santos. Salve, oh sagrada Puerta del Cielo y Mansión deliciosa del Paraíso. Salve, en fin, oh María, amor nuestro, alegría y honra nuestra. ¡Oh Santísima Madre! Vivid por siempre en nuestros corazones, agradecidos á vuestros favores, entre los cuales esperamos recibir el de la bienaventuranza eterna. Así sea.

LESTANG.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR

SOBRE LOS MOTIVOS DE PERSEVERANCIA EN EL CULTO
DE MARÍA SANTÍSIMA.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Primer motivo de perseverancia:
lo que María ha hecho por nosotros.

SUBDIVISIONES.—1. Justos.—2. Pecadores.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Segundo motivo de perseverancia:
lo que María hará aún por nosotros.

SUBDIVISIONES.—1. Nos obtendrá el dón de la perseverancia.—2. Nos obtendrá la corona de la gloria.

*Qui perseveraverit usque in finem, hic
salvus erit.*

El que persevere hasta el fin, éste será
salvo.

(MATH., XXIV, 13.)

HÉNOS aquí por fin, H. M., en el caso de recoger el fruto de nuestra devoción á la Virgen Santísima, Nuestra Señora. Llegamos al último día del mes, durante el cual hemos asistido con gozo particular de nuestras almas, á los piadosos ejercicios en honra de María: estemos seguros de que no terminará sin que recibamos la bendición de la Santísima Virgen; bendición tanto más rica y abundante, cuanto mayor sea el amor y más firme la confianza en nuestra tierna Madre. Desde lo alto del Cielo cuenta los homenajes que la tributamos, deseosa de obtener para nosotros beneficios en mayor número. Un pensamiento la ocupa en este instante, H. M.; un pensamiento de gravísima importancia, que yo de su parte quiero comunicaros. María Santísima piensa en nuestro porvenir; y como si no lo conociera, se pregunta con cierta especie de inquietud: «Esos devotos míos, que tan constantes se han mostrado en obsequiarme durante el mes que acaba hoy, ¿perseverarán en amarme como ahora? ¿Continuarán en su fervorosa devoción hacia mí? ¡He visto á tantos que se gloriaban de ser llamados hijos míos, que me querían como á Madre suya, que llevaban las insignias de mi culto, que celebraban mis festividades; pero después... me olvidaron! ¡Ay! ¡Qué Santuario de aquellos en que soy venerada no ha tenido que estremecerse por la ingratitude de mis favorecidos, y no ha sido manchado con alguna infidelidad!